
CELEHIS–Revista del Centro de Letras Hispanoamericanas.
Año 21 – Nro. 23 – Mar del Plata, ARGENTINA, 2012; pp. 227 - 242

Sarmiento, cronista en Chile. (A propósito de dos textos atípicos)

Mónica E. Scarano

CELEHIS – Universidad Nacional de Mar del Plata

Resumen

En el contexto del bicentenario del nacimiento de Domingo Faustino Sarmiento, el presente trabajo se propone actualizar la memoria de una figura histórica, política y literaria insoslayable para nuestro país, para nuestra patria: entendemos la conmemoración como una ocasión que propicia lecturas diversas -no solamente las apologías y homenajes sino también la recuperación y el énfasis en la relectura de zonas poco exploradas y acaso relegadas de la producción del autor recordado- y que da lugar incluso a un haz de miradas críticas que provienen de diferentes lugares de interpretación y posicionamiento epistemológico. En este sentido, el presente trabajo captura el gesto moderno del joven Sarmiento, incipiente periodista, y sus peculiaridades enunciativas a través de dos textos que lo descubren como cronista y escritor de artículos de costumbres, en un medio que dista mucho de asemejarse a una urbe moderna.

Palabras clave

literatura argentina del siglo XIX – Sarmiento – cronistas argentinos – literatura y periodismo – literatura y modernidad

Abstract

In the context of the bicentennial commemoration of Domingo Faustino Sarmiento's birth, the actual work intends to actualize the memory of an undeniable character in the history of our country as well as in its politics, literature and culture.

We understand commemoration as an ideal occasion to favour different readings –not only eulogies and tributes but also the recovery and stress on the re-reading of less explored and relegated areas in Sarmiento's vast work-, which even give place to a bunch of critical insights coming from different understanding places as well as from many epistemological positions. In this sense, the actual essay captures young Sarmiento's modern gesture, as an incipient journalist in Chile, and its enunciative peculiarities through a couple of texts that discover him as a chronist and as a customs story-teller, in a *milieu* that is, in fact, quite different from a modern city.

Keywords

nineteenth century Argentine literature – Sarmiento – Argentine chronists – literature and journalism – literature and modernity

Rememorar a un autor a dos centurias de su nacimiento suele ser una ocasión propicia para poner a prueba la perdurabilidad de su obra y el poder de sus textos para producir nuevas significaciones. En nuestro caso, al visitar algunas zonas menos transitadas de los escritos sarmientinos, comprobamos una vez que su obra es siempre una cantera inagotable de páginas casi inexploradas o que aguardan nuevas lecturas e interpretaciones. Reparemos, por ejemplo, en los primeros artículos publicados en la prensa chilena, especialmente de Valparaíso y Santiago de Chile. Ellos nos descubren al Sarmiento exiliado, periodista, polemista, crítico de teatro, moralista social, educador, lector, entre las tantas facetas de esos textos ocasionales y, como lo recordaremos aquí, el Sarmiento cronista de una modernidad –hasta entonces, antes de su viaje a Europa, África y los Estados Unidos–, en algunos aspectos, más deseada que experimentada.

El diarismo como fenómeno moderno

Lejos de ser vista como una actividad marginal o de segundo orden, la relación de Sarmiento con el periodismo es ejercida, ya desde sus inicios, con una clara conciencia de los alcances de su función civilizadora. No es casual que en el *Facundo* invoque a la prensa como “el vellocino de oro que tratamos de conquistar”¹ y que en sus *Recuerdos de provincia* consigne una lista de los diarios y las publicaciones periódicas que fundó o en las que colaboró desde 1839 hasta 1850.² Allí mismo, hace explícito el

1 Domingo Faustino Sarmiento (2011)[1845], *Facundo*. Prólogo de Carlos Altamirano. Bs.As.: Eudeba, 29.

2 Enumeramos en apretada síntesis sus acciones en la prensa e intercalamos otras relacionadas a su tarea de escritor y educador, para mostrar cómo se entrama su actividad periodística con otros aspectos de su vida incansable, prolífica y diversa. Dirige *El Nacional* de Santiago, fundado el 14 de abril de 1841, donde escribe hasta 1842 (salen sólo nueve números). En 1841 también es redactor y luego director del

estrecho vínculo entre el *diarismo* –como se lo denomina en esa época- y la vida de una nación moderna:

Las publicaciones periódicas son en nuestra época como la respiración diaria; ni libertad ni progreso, ni cultura se conciben sin este vehículo que liga a las sociedades unas con otras y nos hace sentirnos a cada hora miembros de la especie humana por la influencia y repercusión de los acontecimientos de unos pueblos sobre los otros.³

Pero mucho antes, en 1839, en su San Juan natal, funda y escribe *El Zonda*, periódico de escasa vida (sólo seis números) que le valdrá el destierro. Impreso en la única imprenta provincial, en sus páginas, fustiga el espíritu de aldea, la estrechez de miras, la rutina y la sumisión. Y un par de años más tarde, entre los artículos diseminados en varios

Mercurio de Valparaíso. El 10 de noviembre de 1842 funda *El Progreso* de Santiago, donde escribe desde el primer número, lo deja en mayo de 1843 y vuelve en abril de 1844 hasta 1845. Y el 23 de diciembre, con Vicente F. López, funda *El Heraldo argentino* (sólo salen dos números). Al mismo tiempo, en 1842, dirige la Escuela Normal de Preceptores. En 1843, es nombrado profesor de la Facultad de Filosofía y Humanidades de Chile. Funda con V.F.López el Liceo, una escuela privada para niños. Escribe *Mi defensa*, la *Memoria sobre ortografía americana* (Proyecto de reforma), el *Método de lectura graduada*, la biografía de Aldao como folletín en *El Progreso* y *Civilización y Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga* (1845). Viaja a Europa, África y los EEUU, desde el 17 de octubre de 1845, enviado por el Gobierno de Chile. El 6 de mayo de 1846 desembarca en el puerto de El Havre (Francia) y el 13 de junio de 1847 regresa a París. Durante su viaje escribe en *El Correo del Plata*, el *Courrier du Brésil*, el *Courrier de la Gironde*, la *Gaceta de Buenos Aires*, entre otros. Vuelve a Valparaíso el 14 de febrero de 1846. El 28 de enero de 1847 publica *De la educación popular*. En 1849 publica *La Crónica* y el 22 de abril aparece *Viajes...* El 1 de mayo de 1849 aparece *La tribuna*, editado por su yerno Julio Belín; en 1850 publica *Recuerdos de provincia* y en 1851 funda *SudAmérica*.

3 D.F.Sarmiento (1850), *Recuerdos de provincia*. Sgo. de Chile: Imprenta Julio Belín i Cía., 132.

órganos de prensa chilenos, reflexiona insistentemente sobre la práctica periodística, su función pedagógica, sus características, posibilidades y limitaciones para el progreso de los pueblos. Así, sostiene que en estas “extrañas repúblicas” y “monarquías republicanas”, sin hay plaza pública para las arengas ni pueblo ocioso para escucharlas, donde todo es movable y transitorio,

una miserable hoja de papel impresa, contiene el pensamiento del día, el interés del momento y la palanca poderosa que conmueve la sociedad por sus cimientos, vuelca los tronos, y lleva al mundo de carrera hacia un porvenir desconocido.⁴

La etapa de residencia en Chile es clave en la vida de Sarmiento. Durante su destierro más prolongado en esa nación, entre 1841 y 1853, escribe la mayor parte de su obra periodística y sus mejores libros. Y es en ese territorio donde se convence de la necesidad de la prensa para obtener y sostener la libertad de la república, perfilándose así el “héroe cultural” que surgirá dos décadas después, el constructor de la Argentina moderna, de la “nueva Argentina”, según Aníbal Ponce.⁵ En el diario las ideas se muestran vivas, abiertas al debate en el espacio público, como en el foro o la plaza:

El diario- escribe- es para los pueblos modernos, lo que era el foro para los romanos. La prensa ha sustituido a la tribuna y al púlpito. (...) Por el *diarismo* el genio tiene por patria el mundo, y por testigos la humanidad civilizada. (*Obras*, I, 58)

El proyecto civilizador está ávido de ideas. La

4 D. F. Sarmiento (1948) [1841], “El diarismo” (*Mercurio*, 22 de abril), *Obras*, I. *Artículos críticos y literarios. 1841-1842*. Bs.As.: Editorial Luz del Día, 58.

5 Aníbal Ponce (1976), *Sarmiento, constructor de la nueva Argentina*. Bs.As.: Solar /Hachette.

imprensa, junto con el libro y las demás formas de publicación, son vistos como armas para el cambio social, medios y modos de difundir nuevas ideas, educación y cultura. Desde sus comienzos en la prensa Sarmiento se entrega de lleno a esa tarea, convencido de que es el mejor medio para comunicar ideas, el espacio del pensamiento convertido en acción. Esta vertiente periodística de Sarmiento es menos conocida y estudiada. Sin embargo, la heterogeneidad de temas, materias y tópicos abordados hacen de ella una zona de notable productividad.⁶

Con el fin de acotar nuestro trabajo, nos detendremos en dos de esos tantos puntos ciegos de la obra periodística sarmientina, de los primeros años de su etapa chilena, en que la prensa oficia para el sanjuanino como un verdadero laboratorio de ensayo de recursos que desplegará en la escritura de su gran libro, *Facundo*. Estas notas surgen de la lectura de dos crónicas curiosas, que salen de los esquemas propios de la crónica urbana o del artículo de costumbres, tal como se lo podría esperar, siendo el autor un provinciano emigrado que aún no conoce las grandes metrópolis europeas y norteamericanas, lo que sin duda limita las posibilidades temáticas y perceptivas a menos que eche mano de algún recurso para sortear esa dificultad. En estos dos textos – uno, anterior a la publicación del *Facundo* y posterior, el otro–, encontramos operaciones y procedimientos que nos permiten descubrir la condición del escritor americano, con la que se identificará un año más tarde, en la otra orilla del Atlántico. Sin duda, estos ardides compositivos ponen al descubierto a quien se quiere moderno pero se sabe marginal, suturan las huellas de la carencia y de la falta, y le permiten desplazarse simbólicamente para ir configurándose como una subjetividad moderna.

6 Sobre la asombrosa diversidad temática y de géneros de la obra periodística de Sarmiento en esta etapa, es señero el estudio de Paul Verdevoye (1988), *Domingo Faustino Sarmiento, educar y escribir opinando (1839-1852)*. Bs.As.: Plus Ultra.

La estrategia del distanciamiento

El primer texto, “Paseo a Quillota”, forma parte de los artículos reunidos en el primer volumen de sus *Obras* y fue publicado en el *Mercurio*, de Valparaíso,⁷ donde Sarmiento, apenas llegado a Chile, se presenta como periodista y publica su primer artículo.⁸ Como lo adelanta su autor, el texto reúne sus impresiones y el relato de lo visto y oído, y de lo vivido y pensado durante un paseo por la localidad chilena de Quillota, cercana a Valparaíso. En la primera línea, advierte que no describe Quillota en su mayor explosión como lugar de recreo y ocio sino que, por el contrario, la retrata cuando “ha perdido ya su encanto” (185). Y en adelante desliza y comenta los rasgos antimodernos de Valparaíso (no hay paseos públicos; las calles están desiertas y silenciosas los domingos, la vida es activa pero sin goces y sin interrupción durante todo el año) con la consecuente necesidad, “un deseo reconcentrado, una ansia creciente de salir una vez al campo” (185). Así establece la relación entre la ciudad y la villa, siempre desde una visión algo distante que abre camino a cierta crítica, de quien no es nativo y lo mira desde otro lugar.

Por otra parte, nada habilita ni en Valparaíso ni en Quillota recurrir en el plano textual a un dispositivo retórico que replique la práctica del callejeo o la *flânerie*, tan a la moda. Se nos plantea entonces una pregunta: ¿con qué esquema narrativo se podrá sostener el relato de este

7 D.F. Sarmiento (1948) [1842], “Paseo a Quillota” (*El Mercurio*, 31 de marzo, 1 y 2 de abril), *Obras, I. Artículos críticos y literarios. 1841-1842*. Bs.As.: Editorial Luz del Día, 185-200.

8 Con este artículo titulado “12 de febrero de 1817” (sobre la batalla de Chacabuco) y firmado con el seudónimo “Un teniente de artillería”, Sarmiento llama la atención de la sociedad culta chilena y se gana la amistad y protección del ministro Manuel Montt, y de algunos letrados. Desde entonces quedaron abiertas para el joven emigrado las puertas del periódico de Valparaíso que lo contrató con un sueldo fijo a cambio de colaboraciones periódicas.

paseo, de modo que dé cuenta de un *locus* de enunciación moderno o que se asume paulatinamente como tal? En adelante y tras algunas derivas donde intercala recuerdos de su infancia y juventud y la descripción del panorama del camino de Valparaíso hasta Quillota, la crónica anunciada se convierte línea tras línea en un artículo de costumbres donde reconstruye en breves trazos la historia colonial de ese poblado: “el primer establecimiento español en Chile” (189), lo que explica la existencia de tantos conventos en la villa. Hacia la mitad del texto se detiene morosamente en lugares comunes del cuadro de costumbres: excursiones a sitios típicos, fisonomías de personajes representativos, descripciones de fiestas, bailes, canciones y costumbres populares, aromas y frutos típicos del lugar, para finalizar con la fresca escena de una joven enamorada despechada.

Hasta aquí no se aparta demasiado de los cauces de las tramas más conocidas y utilizadas en ese período, sin embargo en el remate final aparece un detalle que trastoca la resolución previsible del relato y lo convierte en un texto raro y excepcional entre los artículos del autor. El último párrafo refiere el regreso del enunciadador/cronista/paseante a su “calabozo dorado, al potro del escritorio” (200), recordando lo visto y lo experimentado en ese viaje, y al final aparece una firma “*A. Tourist*”, en un recurso casi inesperado que pretende hacer pasar este artículo como obra de un *yankee*, traducido especialmente -como es costumbre corriente en esa época- para ser difundido en Chile. La introducción casi imprevista de esta identidad resulta coherente con una nota inicial donde el autor aludía a probables errores de traducción y pedía disculpas por ciertas libertades que se había tomado en algunas frases, de donde se infiere la posible mediatización lingüística sin mayores aclaraciones.⁹

Esta ficción de un paseo narrado por un extranjero no es fortuita en este texto ni es un recurso aislado en la

⁹ Ver la cita entrecomillada en la advertencia incluida en la primera nota al pie (“Paseo a Quillota”, 185).

obra del autor.¹⁰ En verdad, es esta argucia lo que le permite introducir cierta distancia crítica y establecer comparaciones y observaciones que, de no ser por esta vía, en muchos casos serían intolerables, al venir de un provinciano recientemente exiliado y, por lo demás, argentino. Lamentablemente, la premura propia de la escritura periodística le impidió, como advierte Luis Montt, el editor de ese tomo de las *Obras*, corregir ciertas incongruencias que inevitablemente ponen al descubierto la “verdadera” identidad del “autor”/ enunciador del artículo: en el inicio del tercer acápite se presenta y declara miliciano chileno, y poco antes, como un extranjero que desempeña tareas contables en una casa de comercio en Valparaíso, con cuatro años de residencia en esa ciudad donde vive como un desterrado y en la que debía pasar unos cuantos años más (186-187). A su vez, las referencias a su país de origen son siempre ambiguas (“nacido en la parte llana de mi país”, “un país pintoresco” con “varias ciudades hermosas, unidas por ferrocarriles dos de ellas”, con “hermosos caminos”, “bosques frondosos”, “criado en el seno de una ciudad rodeada de la más deliciosa campiña” (186)), o vagas como cuando evoca las leyendas inglesas del siglo XIV leídas en su infancia (192), en ocasión de presenciar las “raras” fiestas a las que asiste en una villa cercana. En otros pasajes, el texto adopta, además, el tono de un relato de viajes escrito en tercera persona, donde asoman expresiones como “Desde esta elevación adquiere el viajero...” (187). Todo parece indicar entonces que hay un deliberado distanciamiento enunciativo que favorece la

10 Baste recordar el uso recurrente de las descripciones supletorias de la experiencia no vivida (las imágenes de la pampa, por ejemplo), desviadas hacia la mirada ajena de los viajeros en el *Facundo* para ver aquí ya otro germen de la composición de esa gran obra, además de los de orden ideológico estudiados por Ana María Barrenechea. Véase: Adolfo Prieto (1996), *Los viajeros ingleses y la emergencia de la literatura argentina. 1820-1850*. Bs.As.: Sudamericana, y y Ana María Barrenechea (1978), “Ideas de Sarmiento antes de la publicación del *Facundo*”, *Textos hispanoamericanos. De Sarmiento a Sarduy*. Caracas: Monte Avila, 11-33.

representación de lo más típico y pintoresco del poblado que se va a retratar, lo que hace posible y más convincente en definitiva la construcción discursiva del color local: "...aquí se encuentra algo de la vida campestre de los americanos del sur, sus vaqueros o campesinos..." y la confrontación "nosotros"- "ellos" (188), entre otros tópicos y procedimientos compositivos, y le permite al mismo tiempo introducir ciertas críticas en nombre de la "luz de la época moderna" a fiestas y costumbres populares -"farsas" y "mojigangas"-, que tilda de "extravagantes" y "ridículas" y define como las últimas "huellas en los límites del mapa del catolicismo".¹¹

La táctica del ensueño francés

A diferencia del paseo chileno, en el segundo texto a considerar, el narrador supuestamente "surca el Atlántico" y relata las peripecias de su brevísima excursión por Francia, como lo anuncia el título: "Un día en Francia". Esta crónica aparece en *El Progreso*, de Santiago de Chile, el 1º agosto de 1845,¹² y ocupa un lugar inesperado: el del folletín, en la parte inferior de la primera plana del periódico, el mismo lugar que ocuparon las diferentes entregas del *Facundo* en ese diario. Sin duda alguna, este dato le añade a la crónica una clave adicional para su lectura.

El relato del viaje anunciado nuevamente desconcierta desde el principio. Irrumpe con una interrogación dirigida a sus lectores, sin aclaraciones previas y con una afirmación de un hecho poco creíble:

¿No lo creéis? Tanto peor para vosotros, pero he estado en Francia, un solo día, es verdad, en medio del pueblo francés, respirando el aire de la

11 Reponemos aquí la cita completa: "Como nosotros un antejo de larga vista y una trompa acústica, ellos han añadido a su mano un lazo y a sus piernas un caballo..." (187-188).

12 D.F. Sarmiento (1948)[1845], "Un día en Francia", *Obras, II. Artículos críticos y literarios. 1842-1853*. Bs.As.: Editorial Luz del Día, 293-307.

Francia, oyendo sus cantares populares, viendo sus regocijos, sus danzas campestres, sus usos y costumbres. (293)

Es casi un secreto a voces que Sarmiento aún no ha dejado Chile, por eso el enunciador juega de antemano con el asombro o la incredulidad de sus lectores. Además, el lugar que ocupa la crónica en el periódico, el del folletín, habilita la fusión entre realidad e imaginación y abre el paso a una operatoria ficcional que no obstante se hará esperar.

De inmediato, el emisor se aparta del relato esperado del *flâneur*, desalentando las probables expectativas del público lector, para quien la *flânerie* es un concepto y un esquema narrativo muy aludidos en la prensa chilena, mucho antes del viaje de Sarmiento. Un texto aparecido en el periódico pipiolo (liberal) *El Siglo*, el 8 de marzo de 1841, aporta una evidencia irrefutable sobre el conocimiento que la sociedad letrada chilena tiene de esta práctica en esos años. Se trata de un artículo de costumbres anónimo, donde se lee: “Flaneaba yo (flanear en francés es pasar curioseando los objetos sin más objeto que el de la curiosidad...).”¹³ Es muy probable que Sarmiento lo haya leído en ese diario, con cuyos redactores solía polemizar, y que lo haya recordado estando en París, en 1846, cuando comprueba que esa costumbre se mantiene aún viva en esa capital. A propósito de ese registro, le escribe una carta a su amigo Antonino Aberastain, donde le comunica sus impresiones de turista feliz y eufórico, viviendo la experiencia de andar errante por las calles de París, y explica los sentidos del ritual del *flâneur*:

El español no tiene una palabra para el *far niente* de los italianos, el *flâner* de los franceses, porque

13 Citado por Verdevoye (1988), 112-113. Por la rúbrica “Variedades. París” donde figuraba, este crítico conjetura que probablemente se tratara de un texto traducido del francés.

son uno y otro su estado normal. En París, esta existencia, esta beatitud del alma se llama *flâner*. (...) El *flâneur* persigue también una cosa, que él mismo no sabe lo que es; busca, mira, examina, pasa adelante, va dulcemente, hace rodeos, marcha, y llega al fin... a veces a orillas del Sena, al boulevard otras, al Palais Royal con más frecuencia. *Flanear* es un arte que sólo los parisienses poseen en todos sus detalles. .¹⁴

Y en esa misma carta, la ejercita, traduciendo en palabras el efecto del deambular por las calles parisinas y vivenciar en carne propia el dinamismo de la vida moderna y la novedad de algunos espacios públicos:

Je flâne, yo ando como un espíritu, como un elemento, como un cuerpo sin alma en esta soledad de París. Ando lelo; paréceme que no camino, que no voy sino que me dejo ir, que floto sobre el asfalto de las aceras de los bulevares. Sólo aquí puede un hombre ingenuo pararse y abrir un palmo de boca contemplando la Casa Dorada, los Baños Chinescos, o el café Cardinal. (*Viajes*, 109)

Volviendo a nuestra crónica, el enunciador nuevamente desalienta las expectativas del lector, a quien quizás presuma habituado a esos itinerarios, y descarta el circuito monumental con que toda gran ciudad pauta su recorrido: “Y no os imaginéis, consintáis o no en oír mi narración, que he ido a París y que voy a describiros sus monumentos, su Louvre, su Palais Royal, o su columna Vendôme! Nada de eso” (“Un día en Francia”, 293). Acto

14 D.F. Sarmiento (1949), *Viajes por Europa, África y América, Obras*, V. Bs. As.: Editorial Luz del Día, 108.

seguido, una nueva nota de ambigüedad, con la que elude declarar a ciencia cierta qué medio lo ha llevado hasta esa orilla: “Al vapor que me condujo, y al globo aerostático, o al ensueño, no sé qué decir, porque a fe que no lo sé, no le plugo llevarme a las orillas del Sena” (293). Y luego se revela el verdadero objeto de la narración o el destino de su excursión: las costas meridionales, las orillas del Loira, Burdeos, no sin cierta vaguedad, cuando añade al final de la frase, borrando toda certeza y atenuando la aserción: “a lo que me imagino, por el acento y fisonomía de las personas con quienes estuve” (293).

Queda así instalada la presunción de la ficción que enmarcará el relato y la descripción de las escenas ligadas todas al espíritu de patriotismo francés (en la conmemoración de los quince años de la Monarquía de Julio que puso en el trono a Luis Felipe I de Francia) y, como en la crónica anterior, ciertas estampas locales, con bailes, personajes pintorescos y costumbres típicas de la región, que acercan el texto al relato de costumbres, con un tono ligero y divertido: “Suponed, pues que estamos en la alegre y meridional Burdeos, en una calle de las principales (...) y luego os contaré mi aventura” (294), e insiste en situar su narración en el terreno romántico de la fantasía y la indeterminación: una “pesadilla”, “un cuento de hadas”, “no sé por qué” (294).

Luego describe el festejo de un grupo de franceses al que asiste Sarmiento, con motivo del aniversario de la Revolución de 1830: algazara, champán y vinos de Burdeos, juegos, cantos y bailes. Escucha asombrado las canciones patrióticas francesas, baila con las muchachas del pueblo, que encuentra más cultas que las sudamericanas de la alta sociedad y, por último, retrata con ternura a una morena encantadora. La reunión transcurre en la casa de M. Combet, un típico francés que ha luchado por la libertad de varias naciones y finalmente se ha radicado en Santiago, donde alcanza una estatura heroica.

Nuevamente aquí en el remate se agrega un dato que disipa todas las dudas. En las líneas finales se confirma la

sospecha inicial: “Al despertar del día siguiente encontréme en mi cama, en mi casa, en Santiago en fin; lo que no quita que haya estado un día en Francia” (307). Es la única vez en su vida literaria, afirma Verdevoye, que Sarmiento pretende hacer creer al lector que está contando un sueño (II, 296). Nada de lo narrado es real (o al menos no parece serlo, a primera vista). Así el sueño adquiere sustancia y ocupa el lugar de lo real en el relato.

Pero un hallazgo relativamente reciente introduce otra vuelta de tuerca y devela el enigma: se trata de una carta a Sarmiento de un tal M. Isidore Combes, un encuadernador de Burdeos, fechada el 5 de agosto de 1845. La misiva se dirige a un amigo y escribe con en castellano con errores propios de un extranjero no hispanohablante. El sueño finalmente es un episodio vivido por el autor y seguramente sus contenidos le han sido transmitidos en conversaciones y en tertulias con aquel héroe francés.

En términos generales, varios rasgos y modalidades nos permiten describir la escritura de Sarmiento bajo el signo de lo intempestivo, lo disruptivo, lo informe, o mejor: lo disforme, aparentemente fuera de cauce. A estas características, la lectura de los primeros artículos periodísticos publicados en Chile agrega otras marcas en que se reconocen fácilmente las improntas de un estilo que no deja lugar a dudas. Entre ellas destacamos, por un lado, la heterogeneidad que delata su desaforada búsqueda de nuevas formas expresivas para dar cuenta de nuevos objetos y nuevos entornos, nuevas ideas y nuevas vivencias, y por otro, la novedad, rasgo inseparable de la fuerte experiencia de sentirse y proyectarse como un hombre de su tiempo. Los dos textos que anotamos se inscriben ambos en el estatuto genérico de carácter mixto de la crónica moderna que cruza el periodismo con la literatura¹⁵ y plantean dos modos

15 Sobre las particularidades de la crónica moderna, véase: Susana Rotker (1992), *La invención de la crónica*. Bs.As., Letra Buena, y Julio Ramos (1989), *Desencuentros de la modernidad en América Latina*. Bs.As.: FCE.

diversos de introducir un componente ficcional a materiales que -insistimos- es probable que el autor haya tomado de la realidad, de su entorno o de sus lecturas (contacto con extranjeros, paseos y excursiones por lugares aledaños, conversaciones sobre países lejanos o admirados por el autor, asombro y gusto por escenas y motivos costumbristas, fervor por lo moderno, nuevas ideas, revolución liberal, patriotismo, defensa de la tolerancia religiosa y cierto anticlericalismo). Sin embargo, la utilización del recurso ficticio termina siendo un salvoconducto ideal para decir lo que probablemente de otro modo no hubiera podido decir.

En síntesis y para concluir: dos artulugios o dos tácticas de un sudamericano carente de las experiencias que se acumulan en sucesivos viajes a países centrales, demasiado lejanos por ese entonces para el ambicioso y provinciano cronista, cuyo horizonte mental está, por defecto, alimentado por las lecturas modernas, sobre todo francesas e inglesas, y conversaciones con amigos extranjeros y americanos cultos que viajaron y les transmitieron sus vivencias. La novedad no proviene *ex nihilo*, de la nada; moldes y estereotipos formales delatan o descubren modelos y sobre todo lecturas. El disfraz del viajero extranjero para describir un paseo local como las conversaciones trocadas en viaje imaginario para narrarlas en primera persona, dos formas de apropiación de identidades o experiencia ajenas, no ocultan las falencias que arrojan sospechas sobre la verosimilitud de la situación (las incongruencias sobre el sujeto del discurso en el primer texto; Sarmiento en Francia que insiste en su dificultad para hacerse entender en francés, en el otro). En ambos casos se habilita el asombro, el placer y la admiración por lo que captura su mirada y se introduce, muy veladamente en el primer caso y más abiertamente en el segundo, ciertas observaciones de orden político y cultural que sitúan a la América del Sur respecto de los países centrales ya vistos como modelos, de modo que se confirma aquí una vez más la afirmación de David Viñas: “En Sarmiento el programa

utilitario y las tentaciones estéticas coexisten”.¹⁶ Si en el primer texto se denuestran los atavismos en la cultura popular aldeana con fuertes resabios coloniales premodernos, en el segundo se celebra el ejercicio de la vida ciudadana de una monarquía republicana y la vía revolucionaria, como signos de la civilización moderna en su expresión más naturalizada.

16 David Viñas (1971), *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar*. Buenos Aires: Siglo XX, 165.